

CUANDO SE

PROHIBIDO



A la izquierda, mientras se celebraba la sesión en el Congreso, decenas de negros partidarios suyos intentaron penetrar por las medidas tomadas contra su líder, exigían que

LAS escaleras del Congreso han tenido estos días unos visitantes poco habituales: los negros de Harlem. No es frecuente eso en los Estados Unidos, pero de vez en cuando ocurren cosas así. Una vez son los portorriqueños que quieren soltarle un par de tiros a Mr. Truman, y otra vez los negros neoyorquinos, llegados en autocares especiales como si fueran a una romería, para pedir algo tan aparentemente sencillo como que la justicia sea igual para todos.

¿Por qué han subido los negros al Congreso? Han ido a reivindicar a su jefe. Han ido a gritar por Adam Clayton Powell, una especie de play boy negro, representante de Harlem en la Cámara, clérigo baptista, malversador de fondos oficiales y defensor de los derechos de su raza. Extraña mezcla. Casi explosiva, aunque no tan



ES NEGRO

HACER EL PLAY-BOY



Este es el diputado Adam Clayton Powell, líder negro de Harlem, acusado de malversación de fondos y «doble vida».



Adam Clayton Powell en la Cámara de Representantes, en Washington, en la que fue privado de su puesto el diputado Adam Clayton Powell, presidente del Comité de Trabajo y Educación, varias veces expulsado del Capitolio. La policía tuvo que expulsarlos violentamente. En el centro, Clayton intentando calmar a sus seguidores. A la derecha, negros llegados de Harlem protestan por las sanciones que a él se le imponían fueran aplicadas a otros representantes blancos, culpables igualmente de malversación de fondos, de llevar una vida disoluta o escandalosa.

to como lo son la serie de hechos que en estos meses conmueve a U. S. A.: Vietnam, «The death of president», la petición de Johnson de cuatro mil millones de dólares para incrementar la guerra, la otra guerra «Kennedy-Johnson», la elección del segregacionista Maddox a pesar de no reunir votos suficientes...

Powell presidía el importante Comité de Trabajo y Educación. Hace poco, sus colegas en el comité se reunieron a puerta cerrada y acordaron su cese. Motivo: el negro tenía, según parece, secretarías especiales o algo así con cargo al presupuesto oficial, había malversación de fondos. Un motivo que realmente justifica la expulsión de un comité federal y en esto no puede haber, por tanto, censuras al cielo por la justicia que han demostrado los miembros del comité. Pero las censuras y las dudas sobre los

motivos vienen cuando el panorama se amplía. Leyendo la prensa americana, el panorama se muestra más amplio: los columnistas Jack Anderson y Drew Pearson han señalado algunas de las personalidades oficiales de dudosa moral política: el representante de Texas, Omar Burleson; el de Florida, Sam Gibbons; el de Carolina del Sur, John McMillan; otro de Carolina del Sur, Mendel Rivers, «que usa la Fuerza Aérea como su avión privado», aprovechando su puesto de presidente del Comité de las Fuerzas Aéreas... Y no digamos nada de Bobby Daker, el niño mimado del presidente Johnson, el ex secretario de la fracción demócrata que dimitió hace unos años y que recibía jugosas comisiones de varias empresas por unos extraños y secretos servicios especiales.

Todos viven muy tranquilos —Daker no tan-

to, porque su caso se ha empezado a ver—, sin temor a la justicia, que permanece ante ellos con la espada muy tranquila y que ha tenido la mano muy ligera cuando se trataba de enderezar al play boy negro. No parece tampoco que la justicia se haya mostrado demasiado quisquillosa con la legalidad cuando se trató de elegir a Maddox para gobernador de Georgia. Ni siquiera cuando se quiso dar una versión oficial a la extraña muerte de los testigos en el caso Kennedy...

Los negros que en estos días han subido en romería airada las escaleras del Congreso, no pedían nada fuera de la ley. Sólo querían una justicia igual para todos. Al fin y al cabo, parece que eso no es pedir mucho en el país donde hace un siglo viviera Abraham Lincoln.

(Fotos: Europa Press)